

de que no dejaran de hacer fuego sobre el enemigo. volteó la posición y al amanecer se presentó atacando, como he dicho, por la retaguardia. Ni Rocha ni sus gefes de cuerpo, eran hombres para asustarse por tan poco y quedó empeñado el combate en las cumbres de la montaña. En el primer encuentro un batallón de Martínez compuesto de reclutas que acababa de organizarse en S. Luis corrió con su gefe á la caqueza, que no se detuvo sino hasta la ciudad; pero el resto de sus tropas se batió admirablemente logrando dominar al terrible enemigo. Mandaban trozos de caballería muy respetables de nuestra parte Narvaez y Andres Martínez: estos pudieron envolver á los fugitivos y hacer prisioneros al mismo Rocha lo mismo que á los demás gefes, pero como eran todos amigos de Pedro Martínez, no queriendo este causarles aquella humillación, previno que se reconcentrara al campo la caballería y que no se diera ningun alcance.

Se envainaron todos los sables absteniéndose los vencedores del placer que causa correr detras de los grupos de un enemigo que huye, sin volver la cara y completamente desmoralizado.

Inútil es decir que el general Pedro Martínez y sus tropas victoriosas fueron recibidos en S. Luis entre arcos de flores y con la fiebre del entusiasmo.

## CAPITULO XXXVII.

### ORDEN MILITAR.

En aquellas circunstancias acertó á pasar el general Treviño de regreso para Nuevo Leon. Se alojó en la casa de Aguirre y fué festejado por todos nosotros de un modo delirante. Paseos á caballo, comidas, funciones teatrales, serenatas, bailes, dias de campo, nada escaseamos para complacer á aquel hombre que respetábamos como nuestro caudillo en la próxima batalla importante que se librara en las goteras de la capital.

Aunque pensaba manifestarse reservado, ó á mi me lo pareció por su continente que es de suyo uraño, estaba entre sus hermanos de armas, entre todos los que acababan de hacer juntamente con él la campaña contra el imperio, rodeado de sus amigos más íntimos y fué necesario que se permitiera ciertas es-

pansiones. Su corazón estaba con nosotros, aunque el deber lo llamara á velar por las seguridades del Estado que gobernaba: en todo caso jamás volvería sus armas contra nosotros. Esto era lo seguro: lo probable lo hacía consistir en adherirse á nuestra santa causa que era la de la emancipación del pueblo mexicano de la tiranía de un gobierno que no se ocupaba más que en esquilmarlo.

Treviño se separó de nosotros y lo acompañamos un buen trecho, volviendo á repetirse al despedirnos las protestas de amistad. No dudábamos, después de estas escenas, que su Estado estaría con nosotros luego que tomara algo más de incremento la naciente revolución.

El general Rocha entre tanto había reunido sus dispersos y llegó á formar con los piquetes que se le incorporaron unos mil hombres de infantería y caballería, con los cuales tenía que pasar á unas diez leguas de la ciudad de S. Luis Potosí: fué necesario entonces salir á perseguirlo. Se organizó la marcha y salimos con las mejores tropas de aquella plaza, quedándose Aguirre para defenderla y seguirnos proveyendo de recursos, con unos ochocientos ó mil hombres y algunas piezas de artillería.

Al principio ni Granados ni yo teníamos un carácter determinado en aquella situación que nosotros mismos habíamos ido formando con mucha paciencia, con un tesón inquebrantable y con gran suma de sacrificios; pero ya al abrirse la campaña en forma era preciso fijar este punto. Habíamos visto antes con

disimulo, se puede decir que hasta con encubierta indiferencia, que se tratara de eliminarnos, por el temor de que nuestra presencia caracterizada allí agravara la situación á los ojos del gobierno general. Contra nosotros pesaba un anatema que no pesaba sobre los demás: éramos revolucionarios reincidentes y como se buscaba una transacción, se nos ponía algo lejos para que no fuéramos una dificultad.

—Me fastidia esto, decía Granados, no me gusta estar representando un papel tan secundario.

—Calma, le contestaba yo, vamos cuidando un poco de que no vayan á falsearse nuestros trabajos, y si aquí no tenemos lugar, iremos á escoger el que nos cuadre en cualquiera Estado de la República.

—Es que ni Toledo, ni V. ni yo aparecemos en primera fila.

—Que importa eso? El teatro es amplio y podremos colocarnos después donde nos parezca. Es necesario dar ejemplo de abnegación, pues solo así triunfan las nobles causas.

Estaba yo entonces tan cargado de ilusiones, que haciendo abstracción de personalidades, me preocupaba solo el nombre de la libertad. Lo que quería era que el costoso triunfo obtenido por la República al luchar con el exótico imperio, diera verdaderos frutos de franca democracia. ¡No se había derramado tanta sangre para que á vuelta de hoja tuviéramos una atroz dictadura disfrazada con atavíos republicanos! ¡Y que atavíos! Todos sucios, y rotos, y repugnantes.

Sin que nosotros, pues, pidiéramos nada, se nos llamó y se nos designó nuestro puesto. Granados fué ascendido á general y nombrado gefe de una brigada del ejército que iba á ponerse en campaña. Yo asumi el carácter de gefe del Estado Mayor de Martinez y secretario del Cuartel General.

Nuestra salida de S. Luis Potosí fué violenta, porque era preciso cortar la retirada á Rocha y destruir aquellos elementos que iban á reforzar los que Escobedo estaba acumulando en los Estados de Querétaro y Guanajuato, para atacarnos.

García de la Cadena habia salido ya de Zacatecas con mas de dos mil hombres y un buen tren de guerra. En S. Miguel de Allende debia incorporárenos para presentar batalla al grueso del enemigo que estábamos seguros de vencer, para presentarnos en seguida delante de la capital. Podíamos reunir de pronto unos seis mil hombres con sesenta piezas, pero con los elementos que recogiéramos en las plazas de Guanajuato y Querétaro podíamos atacar á México con quince ó veinte mil hombres. Estas no eran ilusiones: teníamos plena seguridad en que así sucederia segun nos lo explicaban los hilos que teníamos en la mano.

El general Escobedo se aproximó hasta S. Felipe para proteger el paso de Rocha, pero tuvo que contramarchar de allí á S. Miguel luego que observó el movimiento simultáneo de las fuerzas de S. Luis y Zacatecas.

Entonces el general Pedro Martinez se puso á la cabeza de nuestra caballeria que podia componer-

se de unos mil hombres para hacer mas fácil la persecucion de Rocha y me dejó á mi con el mando de la infanteria.

Escobedo seguia su movimiento retrógrado y en todas las poblaciones que tocábamos se nos informaba que su tropa iba desmoralizada y que tanto los oficiales como los soldados no esperaban mas que una oportunidad para pasarse. En el primer encuentro que tuviéramos, mas de la mitad de aquella gente forzada levantaria en alto las culatas de los fusiles y gritaria ¡viva la revolucion!

Estas noticias llenaban de entusiasmo á los nuestros que con instancias pedian ser llevados al combate.

Un francés apellidado Texier dueño en sociedad con el coronel Cesareo Garza del rancho de Cinco Palos en la Huasteca, se presentó al campamento de Martinez para indicarle el nuevo camino que seguia Rocha esquivando el encuentro con las tropas que lo perseguian. Texier, segun decia, habia dejado sus negocios para incorporarse con nosotros, pero por una fatal equivocacion fué á dar al campo de Rocha á quien tuvo que ofrecerle sus servicios temeroso de que adivinara su intento. El gefe enemigo lo empleó como guia en virtud de ser muy conocedor del camino y luego que pudo se le escapó dejándole la luna en prendas. Dió todos los detalles que se necesitaban de aquella fuerza y dijo cuales eran los proyectos de ataque contra nosotros, poniéndose en combinacion todas las tropas del gobierno que nos rodeaban

habiendo empleado para sorprender estos importantes secretos toda su astucia.

A los tres días volvió el general Martínez sin haber tenido éxito las operaciones sobre Rocha, quien sufrió solo las naturales pérdidas de una marcha precipitada. Algunas mulas rezagadas, algunos equipajes secuestrados, algunos prisioneros y muchos dispersos, redujeron los elementos que llevaba Rocha á menos de la mitad, pero forzando marchas y haciendo zigs-zags sin descansar de día ni de noche, pudo escapar de la persecución encarnizada que se le hacía, logrando ponerse fuera de nuestro alcance.

En el mismo día quedaron incorporadas también las fuerzas zacatecanas, cuyo número, según he dicho antes, pasaba de dos y se acercaba á tres mil hombres. Nuestro Ejército podía ser de unos cinco mil hombres y sesenta piezas de artillería contando con dos cuerpos de caballería de carga que no los tenía iguales el gobierno en todo el ejército: "Carabineros de México" y "Rifleros de Zaragoza." El primero mandado por el coronel Manuel Orellana Noguera y el segundo por el coronel Francisco Martínez, ambos gefes valientes, serenos, populares entre las tropas, y sobre todo, dignos. Eran los dos cuerpos que de antemano sabíamos habían de darnos la victoria en el primer encuentro que tuviéramos con el enemigo.

Escobedo contaba con unos siete mil hombres repartidos en la extensa línea que ocupaba desde Querétaro hasta Guanajuato y esperaba un refuerzo de tres á cuatro mil que se le había mandado de las

plazas de México y Puebla. Necesitábamos, pues, aprovechar rápidamente el tiempo, si queríamos aprovechar también la ventaja pasajera que teníamos sobre el enemigo que era la de la moral más levantada después del reciente triunfo de San José.

Con ese objeto tuvimos aquella misma tarde una conferencia. Comprendimos que teníamos que acordar dos puntos importantísimos: primero, la organización de nuestro ejército que debía ser mandado por una sola persona; segundo las operaciones militares que debían desplegarse. De allí debía depender el éxito futuro de la revolución, y resolvimos allanar cuanto antes esas dos primeras dificultades.

El general García de la Cadena manifestó en nuestra pequeña junta que no abrigaba la pretensión de poseer grandes conocimientos militares, á cuya carrera había entrado varias veces llamado por el deber de ciudadano y no porque la hubiera tomado como profesión. Confesaba que cualquiera de los gefes presentes tendría más aptitud para mandar aquella columna, para darle conveniente disciplina y manejarla en el combate; pero que su posición de gobernador constitucional de un Estado que le había investido de plenos poderes para hacer triunfar la revolución, le ponía en cierta altura de la que no creía conveniente descender. No era soldado más que de circunstancias, no tenía pretensiones de poder dirigir una batalla, no poseía la ciencia de la guerra sino más bien la de la guerrilla, pero ¿le era posible por su representación política aceptar un papel secundario en aquella revo-

lucion mientras no se presentaba otro gefe con mejores títulos?

Por fortuna el único que podia allí disputar el mando era el general Pedro Martinez que acababa de derrotar á Rocha, que ántes habia brillado con muchísima honra en la guerra extranjera y que actualmente era dueño de los mejores elementos militares, quien no obstante todas esas ventajas, contestó con una gran modestia y con un gran patriotismo:

—Yo por mi parte tengo el mayor gusto en ponerme á las órdenes del general Garcia de la Cadena. Creo que lo mismo harán los demas gefes que vienen conmigo porque todos son subordinados y comprenden que nunca hay sacrificio cuando se sirve á la patria. Nuestra causa, que es la causa de la libertad, es sagrada y debemos deponer ante ella todas nuestras aspiraciones personales. Desde luego reconozco por mi gefe al general Garcia de la Cadena.

Garcia de la Cadena se conmovió, como era natural, ante aquel gran rasgo de abnegacion y de prudencia y dijo luego con acento lleno de sinceridad:

—Crea el general Martinez que solo por el Estado de Zacatecas que represento acepto este honor que me pone en el compromiso de saber morir como un valiente en el primer combate que tengamos; pero desde ahora hago esta aclaracion que me propongo cumplir lealmente: el nombre de general en gefe de este Ejército yo lo llevaré como un honor, pero en realidad el gefe positivo lo será el general Martinez quien dirigirá las marchas, dará la organizacion mi-

litar que le parezca, dirigirá las operaciones y hará todo lo demas que estime conveniente para el mejor éxito de la revolucion.

Quedó [decidido que Garcia de la Cadena llevaria el nombre de general en gefe del Ejército y Martinez con el carácter de Cuartel Maestre dictaria todas las disposiciones militares que se fueran necesitando. Entonces él y yo veniamos á componer el alma de aquel ejército de operaciones que tenia cubierta la retaguardia con las plazas mal guarnecidas de San Luis y Zacatecas. La primera despues de habernos mandado los últimos refuerzos podia tener unos 600 hombres y la segunda contaria con 300; pero muchos gefes amigos nuestros habian salido á los distritos con amplias autorizaciones y estaban organizando fuerzas con suma actividad. Entonces tuve el gusto de conocer y tratar á Ignacio Martinez y Pedro J. Garcia que despues han sido mis íntimos amigos, mis hermanos: ambos entraron con fé á la revolucion y entonces tuve el gusto de conocer los grandes méritos que tienen como patriotas, como soldados, como valientes y como políticos. No solo vi en ellos unos amigos campechanos muy á propósito para endulzar las amarguras del campamento, sino hombres capaces de dar las mas grandes pruebas de abnegacion y hasta de heroismo. Simpatizamos tan luego como nos conocimos y todos tres desde aquella época nos hemos seguido queriendo entrañablemente.

Estos excelentes amigos, jóvenes llenos de admirable vigor, lo mismo que otros gefes ya esperi-

mentados como Joaquin Verástegui, Antonio Jáuregui, Juan Gonzalez y cien mas, desplegaban la mayor actividad levantando fuerzas en los Estados á donde podia estenderse nuestra accion.

Despues de habernos dado una organizacion conveniente en el mismo dia, formando las brigadas y los cuerpos, el órden de las marchas, etc. llegamos al punto capital que era el de las operaciones militares que debiamos emprender sobre el enemigo. Escobedo estaba fortificándose á diez leguas de nosotros, ¿debiamos atacarle ó esquivar la batalla como aconsejaba el general Huerta para ir á levantar á Michoacan y otros Estados que dieran mas fuerza á la revolucion?

En seguida se verá como una sola torpeza puede ser el engendro de mil calamidades.

## CAPITULO XXXVIII.

### MUERTE DE GRANADOS.

La opinion estuvo bastante dividida entre los generales que discutieron el punto de si era conveniente atacar ó no á Escobedo en sus posiciones. El general Martinez, intrépido y á veces temerario, respondia del éxito aunque se le dejara emprender las operaciones con solo la Division de S. Luis compuesta de tres mil veteranos:

—Yo conozco, decia, la táctica de Escobedo y Rocha y estoy seguro de derrotarlos

—No debemos esponer á los azares de un solo combate todo el éxito de la revolucion, contestaba el general Huerta, yo estoy seguro de poder levantar todo el Estado de Michoacan en masa tan luego como lo libremos de la opresion militar en que se encuentra. Si me dan Vds. mil hombres yo les respondo de volverles cinco mil al cabo de dos meses.